

Las vicisitudes de esa larga existencia, la conversión de don Álvar — que considera sincerísima y «sin celajes ni titubeos» — el matrimonio con Marina Méndez, su iniciación en la vida pública, respaldado por su hermano don Pablo, sus actividades en la corte, en el ayuntamiento burgalés y al lado de don Fernando el de Antequera, o, para mejor decir, de Fernando I de Aragón, la formación del mayorazgo de Pampliega, su calidad de cofrade de Santiago, su actuación frente a los infantes aragoneses — diferente, a creer al autor, de lo que tradicionalmente se viene sosteniendo — su desempeño como regidor y cronista, su minucioso testamento, sus múltiples donaciones piadosas y su obra histórica proporcionan amplio material para el estudio propuesto.

La figura del ilustre converso surge de estas páginas recta, honrada y severa y si algo puede reprochárselo a la pintura es su falta de calor vital. La misma objeción levanta el capítulo III dedicado a Pablo de Santa María, el más notable miembro de la familia, capítulo escrito, como el anterior, con un visible propósito de justificación — que no implica en forma alguna el falseamiento de la verdad histórica — y que, como el anterior, corre de nacimiento a muerte en rápida sinopsis que deja paso por momentos a consideraciones más extendidas o a detalles de interés, en especial en lo referente al período judaico de Selomo ha-Levi, después Pablo de Santa María, cuya conversión — y sus motivos — es tema de más dilatada exposición.

Breves referencias a colaterales y descendientes «Doña María Núñez y los Maluenda», «Los hijos de D. Pablo de Cartagena», «Descendientes de Pedro de Cartagena», «Otros familiares de los Santa María», «Tres Cartagenas, ilustres literatos» — cierran la obra, que se inicia con una visión de la judería de Burgos — topografía y acontecer.

El libro, sólidamente construido, es de interés y provecho.

MARÍA DEL CARMEN CARLÉ.

JAIME VICENS VIVES, *Juan II de Aragón (1398-1479). Monarquía y revolución en la España del siglo XV*. Editorial Teide, Barcelona, 1953, 420 págs.

El subtítulo no es de ningún modo excesivo: monarquía y revolución es muy verdaderamente el tema de este estudio. O, más exactamente, monarquía y revoluciones, «subversivismo nobiliar en Castilla, divisionismo social en Navarra, activismo revolucionario en Cataluña»; y aun, en cada uno de esos procesos, cuántas ambigüedades, cuántos matices. El panorama tan complejo de la península no admite aún una imagen unificada; las crisis paralelas no son de ningún modo equivalentes. Si se quería examinar, dentro de un marco biográfico, toda esa complicada y atormentada historia, no se podía elegir mejor de lo que ha hecho Vicens Vives: Juan II de Aragón atraviesa todas las tormentas del siglo, y su actuación no es nunca indiferente.

Nacido en el corazón de Castilla, en Medina del Campo, hijo segundón de un segundón, ante él se abría un destino al parecer no demasiado brillante. Pero su padre será primero corregente de Castilla y le tallará un gran patrimonio territorial; será luego por inesperado golpe de fortuna rey de Aragón y con ello se ampliará aún más decisivamente el horizonte abierto a esta rama segunda de los Trastámara. El infante don Juan, lugarteniente en Sicilia, sabe resistir a las tentaciones de quienes ofrecen hacerlo rey independiente de la isla. Muere su padre, le sucede en el trono su hermano primogénito Alfonso. Termina la lugartenencia y don Juan vuelve a encontrar su destino castellano: abrirse un camino hacia la grandeza a través de la agitada política del reino será su propósito por muchos años.

Y la situación en Castilla se presta para satisfacer todas las ambiciones. ¿Por qué un rey niño primero, un rey débil después, es cabeza sólo nominal de la monarquía? Por eso, desde luego, pero por razones más decisivas también. La nobleza ha salido enriquecida y reforzada de la catástrofe demográfica del siglo XIV; también ha sobrevivido a ella una burguesía próspera, que no forma, sin embargo, un grupo unido y coherente: divisiones regionales, oposiciones religiosas se lo impiden. Pero tampoco la nobleza actúa unida: el advenimiento de los Trastámara ha puesto el gobierno en sus manos; ese triunfo total le ha quitado toda ulterior aspiración común por la cual luchar. Lo que se contraponen en el campo castellano son, entonces, bandos nobiliarios apoyados — todos ellos — por grupos de burguesía. El trono, que pudo haber sido centro de cristalización de una reacción antiseñorial, es, en cambio, botín indefenso de las codicias rivales. La carrera política de don Álvaro de Luna, que parece evadirse de los estrechos límites de la política castellana del cuatrocientos, dominada por las fuerzas señoriales, es al revés — tal como demuestra en un análisis penetrante Vicens Vives — la más adecuada confirmación de su dura vigencia. Don Álvaro no pretende reforzar el trono como institución más allá de lo que es preciso para acrecer su propia fuerza política; menos desea nuevas alianzas — burguesas o plebeyas — que permitan salir del círculo infernal de las rivalidades señoriales. Su originalidad consiste en proponer una nueva distribución del botín; y el botín es siempre el mismo: los derechos de la corona y los bienes de los vencidos.

En estas luchas sórdidas y engorrosas va a insertarse por muchos años la actividad de don Juan y de su hermano don Enrique, de los infantes de Aragón que en los versos de Manrique nos recuerdan la vanidad de las cosas humanas. La historia de sus andanzas castellanas también nos la recuerda con elocuencia más verbosa y no exenta de repeticiones. Durante más de un cuarto de siglo don Juan y don Enrique corren tras el poder en una lucha llena de triunfos imprevistos, de negociaciones engañosas y de bruscos cambios de escena. Lucha a menudo triangular entre los infantes y el válido, combatientes los tres en nombre de la libertad del monarca, que los tres conciben en modo del todo análogo. El desdichado Juan II logra alguna vez huir del

encierro en que lo tiene uno de sus libertadores para caer en la dura protección de otro de los que disputan su real persona. Corren los años, y en la lucha que comenzó cuando Juan II era niño entra a tallar su hijo, el futuro Enrique IV. El infante don Juan alcanza por dos veces la hegemonía en Castilla; las dos veces el final desdichado es — según el lacónico título que Vicens Vives pone a uno de sus capítulos — « guerra, confiscación y tregua ». El 20 de mayo de 1445, tras de perder en la batalla de Olmedo todo su patrimonio castellano (su hermano Enrique pierde como consecuencia de ella la vida) don Juan cruza la raya de Aragón: como aspirante al poder en Castilla su carrera ha terminado.

Pero fuera de Castilla es ya, por su matrimonio con doña Blanca, rey de Navarra. Ahora, desterrado del reino en que por tantos años había puesto sus esperanzas y sus ambiciones, vuelve su atención al otro reino que es suyo. ¿ Suyo de veras? Don Juan es ya viudo; su hijo y lugarteniente don Carlos de Viana exhibe derechos al trono por lo menos comparables a los de don Juan. En ese conflicto dinástico se va a insertar la rivalidad entre dos clanes nobiliarios navarros, representantes a su vez de la Navarra montañesa (vascongada, cristiana vieja, orgullosa de su arisca pobreza) y de las tierras bajas, abiertas a las comunicaciones, ricas, pobladas por gentes de lengua romance, y todavía en parte por musulmanes. Las perspectivas de triunfo no son para don Juan evidentes, pero con el apoyo de la casa real aragonesa y gracias a las negociaciones con el rey castellano logra, si no terminar con el bando vianista, sí quitar posibilidades de futuro al movimiento encabezado por su hijo. Éste es el balance — algo magro — de los nueve años que van entre su huida de Castilla y la asunción del gobierno en Cataluña, como lugarteniente de su hermano Alfonso de Aragón, el 31 de mayo de 1454.

En Cataluña, un horizonte nuevo y distinto. También aquí un viento revolucionario agita toda la estructura social. En la campaña, tensión entre los payeses de remensas, sometidos a los malos usos que los colocan en situación de servidumbre y sus señores. Pero sería preciso distinguir todavía entre las remensas de las pobres tierras montañesas, que quieren verse liberados de todo servicio señorial, y de los valles ricos, que tienen más mesuradas exigencias y forman el ala moderada del movimiento. En Barcelona el partido popular se opone a una oligarquía comercial en decadencia, que defiende mal sus bastiones en la administración de la ciudad; la busca a la biga. También aquí, entonces, un cuadro político muy complejo, pero aquí, al revés que en Castilla, no se oponen individuos o grupos de individuos, sino clases y estamentos. En Cataluña pasan a centrarse los problemas políticos que enfrenta don Juan, desde 1458 rey de Aragón. Su pleito con el príncipe de Viana alcanza desarrollos inesperados, primero en Sicilia y luego en el principado, en ambas comarcas la causa del príncipe agrupa a los descontentos aristocráticos. Tras complejas negociaciones el rey apresa a su hijo y Barcelona, dirigida por los de la biga, se levanta contra su soberano, en

nombre de ese pactismo catalán, acaso menos específicamente catalán de lo que aquí gusta de suponerse, en todo caso enraizado como concepción política en esa tierra de difíciles equilibrios político-sociales. Juan II cede en lo esencial; su segunda esposa logra a duras penas entrar en Barcelona y busca formar un partido para la corona entre los de la *busca*. Pero en el norte estalla la rebelión remensa, que amenaza intereses solidarios con los de la oligarquía barcelonesa; ésta ve en el acontecimiento la mano regia y se torna hostil a toda negociación; nuevamente puede arrastrar tras de sí a Barcelona y la lucha comienza. Juan II es depuesto: un príncipe portugués, un príncipe francés son sucesivamente izados al trono de la capital catalana. El rey de Aragón debe vencer a la ciudad rebelde, y a la vez evitar que en esa gravísima coyuntura la situación internacional evolucione en su daño. Gracias a un complejo juego diplomático lo logra, y a la vez asegura su supervivencia, pero pierde el Rosellón. En 1572 Juan II está ya de nuevo en Barcelona. Ha alcanzado su máxima victoria pero no sabrá conducir con igual acierto la pacificación. Y no habrá que reprochárselo demasiado agriamente: para triunfar ha debido buscar aliados en todas las fuerzas sociales que se disputan la supremacía en Cataluña; ¿cómo podría ahora optar entre ellas? En todo caso el anciano rey ya no quiere optar. Durante la guerra, un hecho lleno de futuro: su heredero Fernando casa con Isabel de Castilla; pero Vicens Vives muestra muy bien cómo esa boda se ha concertado bajo los auspicios de la política señorial castellana; nada hace prever en ella un nuevo punto de partida.

He aquí el resumen del libro tan denso de Vicens Vives. ¿Al resumen será necesario agregar el elogio? Pero es demasiado sabido lo que nuestro conocimiento del cuatrocientos español debe a su autor; en todo caso quizá no sea inútil señalar algo de lo que este libro nos ofrece. Ante todo se depura y enriquece la historia diplomática del período, y sobre todo la del reinado aragonés de Juan II; se nos da una imagen magistral de la Castilla del siglo xv, atormentada por la reacción señorial. Pero es acaso excusable que el lector se vuelva más bien a las páginas consagradas a la crisis catalana. Porque a esa compleja crisis ha dedicado ya Vicens Vives mucha parte de su labor histórica, desde su tesis sobre Fernando II y la ciudad de Barcelona (en que las luchas internas de los partidos urbanos eran examinadas de cerca) y el libro sobre las remensas. Ahora nos da un cuadro de conjunto en que cada detalle ha sido nuevamente examinado con la penetración y probidad habituales en el autor. Nos muestra aquí cómo la corona no fue el factor determinante de la crisis catalana, surgidas de las tensiones sociales que dividían al principado; y en esto se opone a la vez a los historiadores inspirados en un siempre alarmado patriotismo catalán, y a Calmette, que siguiendo una línea explicativa acaso difícil de esquivar a un francés, veía en este episodio de la historia catalana, ante todo, un avance del centralismo regio que avasalla las resistencias locales. En cambio de esos esquemas demasiado

sencillos, un cuadro complicado hasta el abigarramiento, para el cual es Vicens Vives guía magistral. Un guía al que, sin embargo, querrían formularse aún algunas preguntas, sobre todo en cuanto a la lucha política en la ciudad de Barcelona, que sigue siendo explicada según divisiones de clase acaso demasiado esquemáticas (al contrario de lo que ocurre en cuanto a la lucha remensa). ¿Qué es, ante todo, la *busca*? El partido de los humildes, en especial los artesanos, se nos dice. Caracterización necesaria, pero todavía insuficiente: ¿de qué artesanos se trata? ¿Quiénes eran, socialmente hablando, los jefes del partido? Se piensa aquí en lo que se ha podido determinar acerca de la lucha política en otras comunas, por ejemplo en Florencia; cómo las oposiciones de clase primero tenidas por explicación suficiente de los conflictos políticos han debido ser matizadas, completadas y en parte enmendadas. No quiere decirse con esto que la verdad florentina deba ser por fuerza verdad barcelonesa; Vicens Vives ha insistido demasiado y demasiado justamente en la originalidad de la situación jurídica y constitucional, pero también social, de la capital del Principado; si se querría solamente evocar un orden de problemas que nadie podría resolver con autoridad mayor que el autor de este libro.

No deja de ser curioso que una biografía de Juan II de Aragón lleve a problemas como el del lugar de la plebe en Barcelona (otro gran tema apenas esbozado en la obra, pero cuán sugestivamente) el de la burguesía castellana en el siglo xv. Hecho curioso, pero no arbitrario; si el interés del lector se evade a cada paso del mareo biográfico, no cree con ello traicionar a su autor: lo más nuevo y valioso de este libro no es, no puede ser la biografía de Juan II. Y eso no ha de achacarse a Vicens Vives, ni tampoco a su biografiado, aunque este personaje sin auténtica envergadura lo haya atraído sobre todo porque su vida se proyecta sobre todos los campos de la crisis española de su siglo. Ha de achacarse sin duda al género biográfico, que obliga a plantear sólo marginalmente los problemas que de veras interesan. De la lectura de este libro magistral quedarán al lector muchas enseñanzas, quedará también la nostalgia del otro libro que Vicens Vives — y acaso sólo él — puede escribir, del libro en que sin interrumpirse con la historia de bodas, nacimientos y viudedades, o por lo menos poniéndola en su justo lugar, encárase de frente este tema enorme: la crisis española del siglo xv.

TULIO HALPERIN DONGHI.